



Lo que vive adentro

Ignacio García-Valiño

Los dibujos de mi hermano muerto se abrían suavemente en el regazo. *Por qué son sorprendentes los seres sorprendentes*, titulaba su cubierta de cartulina azul, con letras verdes. Más que un cuaderno, era una exposición. Sus granuladas páginas me sumergían en un mundo familiar y al tiempo exótico y desconocido, lleno de ramalazos de color y formas inverosímiles. Todo eso bullía vida. Me gustaba recrearme en la textura de sus dibujos.

Tenía una extraordinaria habilidad para dibujar los elementos de sus historias. Mi madre le compró un cuaderno de tapas duras con grandes hojas *Canson*, para que pasara a limpio sus borradores. Es uno de los objetos que mejor hablan de él aunque, en mi opinión, hay revelaciones que te dejan más preguntas que respuestas, más inquietudes que soluciones, y este era uno de esos casos, por la naturaleza de sus relatos y sus ideas de corte fantástico sobre las criaturas sorprendentes que habitan el fondo del mar. Sentía predilección por los peces voladores, sus alas irisadas como las libélulas, y que salían del mar para ver cómo iba el mundo, ahí afuera, el mundo de los seres humanos, para verificar el color del cielo, si estaba limpio o sucio. Y nunca estaba lo suficientemente limpio. Por entonces se hablaba mucho del ozono, y ellos, los peces voladores, lo sentían en las alas. Ahora ya no se habla nada de eso, aunque ahí sigue el agujero.

El papel tenía un regusto a viejo, color sepia, hojas que suenan al pasarlas, que huelen a texturas cálidas. Pintaba «unicornios de las profundidades», cuyos cuernos helicoidales rompían los hielos del Ártico y, así, podían alcanzar el aire frío y puro del exterior. Ilustraba las criaturas con pinturas de trazo grueso, de cuyo contorno a lápiz no le importaba en absoluto salirse, o añadirle elementos de su fantasía, ornamentales, o características especiales. No es que fueran dibujos de una

gran precisión, pero resultaban muy cálidos: cangrejos metidos en una caracola, monstruos abisales que había copiado de un libro, con agujas en la boca, antenas desparramadas, ojos como bolas sanguinolentas, retazos de relámpago como látigos de luz, en medio de la negrura...

Pablo creía que el calamar vampiro era una mezcla de vampiro y calamar, así que, además de los labios rojos, nunca se olvidaba de los colmillos, y de dibujar sus tentáculos largos y tenebrosos. En esa ingenuidad podía intuirse que la pasión que sentía ante sus propias criaturas era a veces de amor y a veces de miedo fascinador. Mi madre le explicaba cosas, por ejemplo, que las ballenas unicornio no tienen cuernos, sino que son dientes; dientes largos y puntiagudos, enroscados, y eso le maravillaba, ¿cómo era posible que fueran dientes? Y lo que era un batiscafo, una especie de nave espacial de las profundidades, con cabeza de cristal blindado; le encantaba el nombre, batiscafo, sonaba exótico, como ciencia-ficción, dibujó uno, pero parecía una especie de supositorio, y escribió debajo:

Batiscafo especial para profundidades ultrasónicas.

Estaba convencido de que de mayor, cuando tuviera dinero, viajaría en un batiscafo a las simas más profundas, cerca de Japón, para establecer contacto con esos pequeños monstruos de largos colmillos que emergían de las sombras.

A todo le daba un profuso colorido, gamas insólitas. Peces arqueros, que lanzaban chorros de agua por la boca, peces payaso, peces loro. Un imaginario de colores. A los payasos les ponía un sombrero con una flor. Eran los encargados de repartir un poco de humor por aquellos mágicos arrecifes. Decía que el pepino de mar respira con el ano. Mi madre se echaba a reír, porque eso se lo había contado ella, y era cierto. También dibujó un pez arlequín, era uno de sus mejores obras, porque le puso el rayado con que salía al escenario, y unas aletas desmesuradas, hechas de rizos. Mi madre decía, sonriendo con nostalgia, que eran dibujos llenos de volutas; no solo en

las colas de los caballitos de mar, sino en las caracolas, en las estrellas de mar, en los nautilus; también coloreaba con remolinos los tentáculos de los pulpos, las algas y árboles de coral. Al final, se percibía una intensa sensación de movimiento, ondulatorio, como un cielo de Van Gogh. Vida, movimiento e inquietud en los grandes ojos de los peces. Parecían querer saltar del papel. De alguna manera, había alma en ellos, el alma de Pablo, su forma de percibir y sentir, porque él mismo era como una culebrilla, que se enroscaba en los sillones y en las sillas, así que su mundo estaba lleno de esos molinillos serpenteantes.

Había sido siempre un excelente dibujante. Tenía el don natural para plasmar las cosas con trazos frescos, que no respetaban las proporciones, pero que se equilibraban entre sí; cualquier objeto lo plasmaba de forma reconocible. Su profesor de dibujo le había dicho a mis padres que el talento artístico no se hace, se nace con él y Pablo lo había tenido desde que empezó a garabatear trazos torpes a lápiz. De mayor sería pintor, había repetido una y otra vez. Su primera obra importante era ese cuaderno de los misterios del mar.

Después de su descripción en forma de catálogo fantástico, a cuya redacción le había ayudado mamá (y no solo corrigiéndole las faltas), realizaba una aproximación a una visión del mar como un «territorio secreto» —inexplorado, me imagino— y añadía una pregunta: ¿por qué los seres fantásticos son fantásticos? No sé si llegó a ser consciente de que había una diferencia semántica entre el primer «fantástico» y el segundo. El primero podía referirse a «exótico» o extraordinario, mientras que el segundo podía equivaler a maravilloso. Lo que estaba claro era que la fascinación por el interior de los mares y océanos se la había transmitido mi padre, que también fue buceador, antes de que él, Pablo, desapareciera de nuestra vida.